

ACISE 2018

CATHOLICISM
CULTURE
EDUCATION



Edited by
Leonardo FRANCHI

L'Harmattan

© L'Harmattan, 2018
5-7, rue de l'École-Polytechnique, 75005 Paris

www.editions-harmattan.fr

ISBN : 978-2-343-16252-2
EAN : 9782343162522

**CATHOLICISM
CULTURE
EDUCATION**

ACISE 2018

Edited by
Leonardo Franchi

CATHOLICISM
CULTURE
EDUCATION

L'Harmattan

HOW TO TEACH THEOLOGY IN A BA CURRICULUM OF A SOCIAL WORK STUDY PROGRAMME. A PRAGMATIC SPECIFICATION, REPORTED BY CUAS MAINZ.....	185
Werner Mueller-Geib	
¿QUÉ VALORES CÍVICO-MORALES PRESENTAN NUESTROS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS?	193
Isabel Muñoz San Roque Gonzalo Aza Blanc	
ÉGLISE CATHOLIQUE ET DEVELOPPEMENT DE L'EDUCATION ET DE L'ENSEIGNEMENT EN AFRIQUE.....	201
Eric Mutabazi	
EDUCATION AS INSTRUCTION AND UPBRINGING (i.e. THE DEVELOPMENT OF SOCIAL SKILLS) AS THE MISSION OF CATHOLIC SCHOOLS.....	213
Marian Nowak	
INDIVIDUALISM AND THE SACRAMENTAL ECONOMY: CULTIVATING THE SACRAMENTAL IMAGINATION IN A SECULAR AGE	223
Timothy O'Malley	
TOWARDS A TRINITARIAN ANTHROPOLOGY OF LEARNING.....	233
Gerard O'Shea	
LA NECESIDAD DE LA PERSONA COMO REFERENCIA EN LA SÍNTESIS EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA	243
Miguel Ortega de la Fuente, Susana Sendra Ramos, Fernando Viñado Oteo	
<i>EL QUIJOTE</i> : FUENTE DE VALORES Y VIRTUDES PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA.....	253
D. Santiago Celestino Pérez Jiménez	
ETRE AUJOURD'HUI ENSEIGNANTE DANS L'ENSEIGNEMENT CATHOLIQUE SOUS CONTRAT, ENTRE RICHESSES ET PARADOXE	261
Sophie Robert	
LITERACY AND HUMANIZATION IN DON LORENZO MILANI (1923-1967).....	271
Vincenzo Schirripa	
THE POLITICISATION OF CATHOLIC EDUCATION IN IRELAND	281
John-Paul Sheridan	
PERCEPCIÓN DE LOS FUTUROS PROFESORES SOBRE LA HONESTIDAD DOCENTE. UNA REFLEXIÓN SOBRE LA MORALIDAD DE LA ENSEÑANZA	291
Juan Carlos Torre Puente, Leonor Prieto Navarro	

LA NECESIDAD DE LA PERSONA COMO REFERENCIA EN LA SÍNTESIS EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

Miguel Ortega de la Fuente
Susana Sendra Ramos
Fernando Viñado Oteo

El reto de la educación brota de la adecuada síntesis de un doble paradigma: enseñanza o educación. Enseñar del latín *in-signare*, marcar a alguien con algo, se enseña algo desde fuera de la persona para que le marque. Educar del latín, *ex-ducere*, sacar fuera, desarrollo de las propias facultades de la persona, se educa a alguien. O en palabras de Fabrice Hadjadj: ‘a enseñanza puede hacer que aprendamos únicamente a ser tornero fresador, abogado o esteticista. La educación nos lleva a ser hombres, y más especialmente, a ser nosotros mismos’¹. El situar el foco en uno de esos términos, o sobre todo en uno, supone adoptar una postura que se fija sólo en una parte del sujeto de la educación o enseñanza. Si se busca una educación integral, entendiendo por ello la que va dirigida a la persona en su *uni-totalidad*, un buen profesional de la educación o de la enseñanza deberá hacer la síntesis de estos dos elementos.

I. ¿Pero qué criterio usar para esta síntesis?

A nuestro humilde entender no es otro que la adecuada antropología. Toda actividad humana se hace desde una visión del ser humano, esta puede ser más o menos explícita, pero está siempre. El problema del mundo actual es en ocasiones la superficialidad con la que se acometen grandes proyectos obviando la visión antropológica de fondo. Sin embargo, si tenemos claridad y certeza sobre lo que la persona humana es se podrá colegir sin dificultad cuál debe ser el tipo de antropología que debe iluminar la educación que ofrece la escuela y toda obra de educación o formación católica para su mejor desarrollo y la adecuada obtención de sus fines.

¹ Fabrice Hadjadj, *Puesto que todo está en vías de destrucción* (Granada: Nuevo Inicio, 2016), 134.

II. ¿Cuál es esa sana antropología?

La que ha sido patrimonio de la humanidad, de manera especial en Occidente gracias a la síntesis hecha por la doctrina y pensamiento cristiano, en la que se asume además la gran síntesis del pensamiento judío, griego y latino. El paradigma está en la adecuada apertura a la fe y a la razón. Como señala *Fides et Ratio*: ‘La fe y la razón son como dos alas en las que el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad’². Una antropología que manifiesta la verdad del hombre. Y en este sentido, como expresa la constitución pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et Spes*: solo Cristo ‘revela plenamente el hombre al hombre’³.

III.- ¿Qué debe tener esa antropología de referencia para el marco formativo?

1. La capacidad para acercarse con verdad a la complejidad de la persona. Esto supone ir descubriendo los diferentes ámbitos que conforman el ser humano. Somos seres complejos, con una dimensión física, biológica, psicológica, social, cultural, espiritual. Y cada una de estas dimensiones puede ser estudiada desde ciencias diferentes, por eso la integralidad de la persona que somos requiere ser capaces de combinar diferentes tipos de pensamiento, desde el lógico racional abstracto hasta el que nos propone el método empírico y científico. Sólo cuando somos capaces de abrirnos a la realidad de estos diferentes métodos estamos en condiciones de superar el reduccionismo, mostrando al alumno la grandeza de lo que es y de lo que está llamado a ser.

2. Para conseguir esto los verdaderos formadores y/o profesores de una universidad, o de cualquier centro de enseñanza católica, deben tener una adecuada epistemología. Una epistemología que muestre la capacidad del acceso a las verdades del conocimiento desde diferentes metodologías por encima de reduccionismos o de planteamientos políticamente correctos, relativistas, subjetivistas, escépticos o dependientes de la llamada post-verdad. La tentación lógica y muy humana de sentirse cómodos en una única ciencia y ver todo y más aún, explicar todo desde un solo lugar es siempre falaz e incompleta. Hay una pregunta que puede ayudarnos a este paso, si en el currículum académico sólo se diera mi asignatura o mi materia: ¿qué visión de la persona y del mundo tendrían mis alumnos? ¿Puede reducirse la vida humana a lo biológico, o a lo psicológico o a lo espiritual? La verdad siempre es armónica y surge como las buenas sinfonías de la riqueza de diferentes elementos. Lo único que requiere es la apertura no solo de la

² Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, núm. 1.

³ *Gaudium et Spes*, 22.

inteligencia, con el peligro de caer en un intelectualismo barato, sino de la voluntad y el corazón.

Una perspectiva antropológica sería debe, por tanto, preocuparse por una perspectiva sincrónica: la pregunta por la esencia o naturaleza del ser humano y otra necesariamente diacrónica: la pregunta por el origen y por el fin o sentido del hombre.

Hay riesgos indudables en presentar esta visión pues entra en conflicto con lo que suelen llamarse las ‘antropologías modernas’. Estas suelen ofrecer una perspectiva del ser humano centrado en la antropobiología al uso, según la cual el hombre es el producto final de la evolución del planeta Tierra que se presenta, además, revestida del prestigioso ropaje científico y que supone, cuando no afirma, una cosmovisión materialista. Desde esa visión la educación no es sino una especie de ‘adecuación’ del ser humano a una máquina, a un ‘*homo faber*’⁴.

3. Todo esto supone que la explicación de la cuestión antropológica no es entendible sin una base o fundamento importante: en primer lugar, la cosmología, y en segundo y más importante, la metafísica u ontología. Ambas casi olvidadas o ignoradas por muchos docentes. Hay que conocer lo que significa que el hombre es un ‘ser-en-el-mundo’. Y desde luego hay que recuperar las nociones básicas del ser. Para ello es necesario redescubrir la capacidad de la mente humana para la habilidad de la abstracción.

En esa necesidad de un fundamento de la naturaleza es importante saber acercarse a los principios de acto y potencia. Tan simple como lo que una cosa es en este momento y lo que puede llegar a ser en virtud de lo que ahora es (un huevo de gallina sólo puede llegar a ser una gallina y no una cigüeña o un perro). En acto (ahora) es un huevo de gallina, pero si se cumplen las condiciones (estar fecundado y ser empollado) llegará a ser (potencia) un pollito. También la cuestión del ser y la esencia: todas las cosas que existen son (tienen ser) pero son algo (un perro, un árbol, una mesa), tienen, pues, una forma propia de ser (esencia o naturaleza). La noción de materia y forma, el ser humano tiene una materia, el cuerpo, y una forma propia que hace que esa materia adquiera una naturaleza diferente que la de la jirafa que también tiene una materia, pero cuya forma (que no debe confundirse con silueta o figura) es distinta de la del ser humano que tiene una forma ‘espacial’ espiritual.

La existencia del mundo espiritual se puede conjeturar con la razón humana, pero sólo se demuestra desde la fe. Esto es importante, pues implica que nuestra propuesta antropológica es una antropología cristiana, racional

⁴ Con respecto a la cuestión conciencia-cerebro (donde conciencia alude a la experiencia de las operaciones superiores en los actos inteligentes y libres); el panorama cultural actual se caracteriza; de una parte -relativa al origen-, por las teorías evolucionistas; de otra -relativa a la operación-, por la explicación materialista de la conciencia, donde el despegue de las neurociencias en la segunda mitad del siglo XX se ha generado un clima de esperanza en la posibilidad de explicar materialmente la mente.

no científica, según el significado sociocultural del concepto *ciencia* hoy y, por ende, más bien que su cientifidad habremos de mostrar su verosimilitud y coherencia con las conclusiones de las antropologías particulares y, desde luego, su belleza. En este grado espiritual de ser existe el alma humana, la cual entendemos como la forma específica del ser humano que ordena su materia y con la que forma en unidad su naturaleza o esencia.

Todo esto es necesario para poder entender y diferenciar la naturaleza primera del hombre, lo que corresponde a su ser y lo que le otorga la dignidad humana; y lo que es su naturaleza segunda (facultades y órganos) que es lo que le da la capacidad de actuar, esto no es esencial ni necesario. Yo puedo ser ciego o no tener manos o tener la enfermedad de Alzheimer y eso no resta en nada mi dignidad pues todo esto corresponde al actuar, es decir, a mi naturaleza segunda y en nada daña lo que soy. Lo mismo con el estado de coma o con mi estado desde la fecundación hasta el nacimiento, etc. Nada de esto daña mi ser, sólo supone cambios en mi naturaleza segunda, por lo que mi dignidad de ser humano permanece intacta.

4. De esta relación necesaria entre las diferentes dimensiones del ser humano surge el conocimiento de lo que es primordial en la persona en cuanto al ser una unidad indisociable de cuerpo y alma. Es decir, capaz de acciones que trascienden el mero hecho físico-biológico. La propia relación del ser humano con su vivencia de la temporalidad le hace proyectarse en el futuro, teniendo metas, ilusiones, deseos, que no pueden ser explicadas desde el estudio de la biología o desde paradigmas materialistas. Precisamente esta cuestión de la propia proyección en el futuro, entre otras muchas, sirve para explicar la diferencia entre el hombre y el animal⁵. Es por tanto un reto de la educación del presente la referencia de la propia persona humana, entender lo que uno es, para saber relacionarse consigo mismo, con los demás, con el entorno y con la trascendencia.

El hombre en cierto modo reúne en sí todo el universo en el cual se encuentra, es un microcosmos, como ya desde antiguo fue designado por Demócrito. En el hombre se dan cita todos los grados del ser. Cuanto hay disperso en el macrocosmos se encuentra como reunido en el hombre. Posee también numerosas propiedades que le caracterizan y diferencian: la palabra, la sonrisa, el pensamiento, la libertad, etc. Bajo todo esto hay un atributo humano que es condición para estas características genuinamente humanas: *la interioridad*. La interioridad es la nota específica del hombre respecto al animal. Todos tenemos experiencia inmediata de nosotros mismos, de ese *sí mismo* que permite distinguirnos de *lo otro* y hace posible que podamos

⁵ Cuando en un yacimiento de fósiles de los llamados ‘homínidos’ encontramos objetos ya sean o no hechos por el ser humano, pero que revelan un uso más allá de lo meramente presente o inmediato nos hacen vislumbrar la presencia de un humano y no de un simio, que si bien utiliza instrumentos lo hace solo para la actividad inmediata pero no es capaz de proyectarse en el futuro y por eso no los guarda, sino que los abandona después de haberlos usado.

pronunciar con plenitud de significado el pronombre personal 'yo'. El hombre, que está en el mundo, no es un elemento más en la diversidad de seres que pueblan el universo. Sólo él puede separarse de las cosas que le rodean, entrar dentro de sí, permanecer consigo mismo, ocuparse de sí mismo. Esto lo consigue por un giro radical, y es en esta torsión donde se encuentra la diferencia más profunda entre el hombre y el animal.⁶

Decir 'yo' es algo tan frecuente, como inefable es el misterio que encierra. Además, que el hombre es *sujeto*, y en cuanto sujeto puede distanciarse del objeto. El hombre es el único ser que puede decir 'yo' y ver el mundo como 'no-yo'. La interioridad (el espíritu) inaugura la *distancia* y, con ella, la *soberanía* respecto al mundo. El hombre comprende la realidad en torno como distinta de él mismo, y toma distancia respecto a ella; es decir, conoce y valora el objeto frente a sí y actúa selectivamente. Ante la comida, un animal hambriento come; un hombre hambriento, come o no come. Se hace cargo intelectualmente de la situación, decide y hace. Por eso puede dominar sus instintos. El hombre es soberano frente a la realidad. A causa de la distancia y la soberanía que establece el espíritu, el hombre trasciende lo biológicamente necesario. El campo de intereses animal se reduce a aquellas realidades capaces de satisfacer las funciones vitales que le pertenecen. El ámbito de intereses humano va mucho más allá de lo biológicamente necesario. Para el hombre también existen 'las lejanas montañas y las estrellas, cosa que desde el punto de vista biológico es totalmente superfluo'⁷.

5. Tenemos también que hacer una mínima reflexión sobre aquello que es el lugar propio y específico donde esa interioridad descansa en la persona, facultades de la inteligencia, la voluntad y la afectividad.

5.1 La inteligencia. Hay una forma eminente de encuentro con la realidad con sede en la inteligencia: el conocimiento, cuyo objeto propio es la verdad. La verdad es *la realidad conocida*. La inteligencia busca el conocimiento de la realidad. Cuando lo logra, alcanza la verdad, que es el bien propio de la inteligencia: abrirse a lo real, al ser⁸. En primer lugar, hay que distinguir dos dimensiones de la verdad: *verdad ontológica* y *verdad lógica o científica*. La verdad ontológica es sencillamente la realidad, lo que las cosas son. A ella se refiere la filosofía eterna cuando afirma que el *ser es verdadero*. La verdad lógica es la conformidad entre la realidad y el pensamiento. En segundo lugar, hay que diferenciar dos tipos de conocimiento: *teórico* y *práctico*, que muestran dos caras de la verdad, teórica y práctica. Las verdades teóricas se convierten en bienes que uno elige y que son fin y criterio de la acción.

⁶ AA.VV. *Lecciones de Antropología* (Madrid: Universidad Francisco de Vitoria, 2010), 54.

⁷ Arnold Gehlen, *El hombre* (Sígueme: Salamanca, 1980), 44.

⁸ AA.VV. *op. cit.*, 65

5.2 La voluntad. El hombre tiene que formular su propia respuesta a las diferentes situaciones que se le van presentando cada día. Puede dirigir su propia vida y determinar las metas a las que quiere acercarse. El ser humano es dueño de sus propios actos, sólo él actúa, en sentido propio, sólo él es origen de sus acciones. Todo esto se puede condensar en una sola frase: la actividad de los humanos es una actividad libre. La libertad marca la distancia que separa al hombre de los demás seres vivos; es el indicio que nos hace percatarnos de que estamos ante una realidad distinta⁹. También nos habla de la excelencia del hombre, pero es asimismo la raíz de la condición dramática de la vida humana. En la maravilla de la vida, llena de incertidumbres e imprevistos, el ser humano necesita tener puntos de referencia, para tomar múltiples decisiones y dar un sentido a su existencia. Por lo pronto, el hombre tiene una cosa clara: quiere ser feliz, tiende al bien; y nunca se conforma con bienes parciales, sino que siempre aspira a más felicidad y más bien. Nuestra voluntad no se aquietará nunca hasta poseer la plenitud del bien¹⁰. La cara subjetiva de esa posesión es la felicidad.

5.3 La afectividad. El hombre está inserto en la realidad y por eso la realidad le toca, ‘le afecta’. La afectividad es la capacidad de ser afectado por lo real. La facultad de escuchar lo real y también de responder a ella. Los afectos son vivencias conscientes en las que se muestra algo importante que afecta a la persona de forma positiva o negativa, provocando en ella una respuesta de interés o de aversión. Ahora bien, hay niveles en esta afectividad: no todo con lo que nos relacionamos tiene la misma importancia o, mejor dicho, valor. Hay sentimientos físicos, psíquicos, espirituales y hay pasiones. El reto educativo de un mundo como en el que nos toca vivir no es formar la afectividad, sino formar integrándola. Es más, llegar a tener una visión integral de la persona, que implica reconocer las áreas formativas, las facultades del hombre inteligencia, voluntad y afectividad, y sus relaciones donde la afectividad, el amor, vuelve a jugar un papel crucial. Esto nos habla de uno de los principales problemas de hoy, de nuestros jóvenes de manera especial, una desinformación o no formación en el área afectiva degenera la mayoría de las veces en el ‘emotivismo’¹¹ cómo única regla de conducta.

6. El ser humano: diferente y único en su naturaleza. El libro del Génesis en el capítulo 2 desvela la naturaleza genuina del hombre: creado a imagen y semejanza de Dios. El hombre es creado por amor, para amar y ser amado, para la eternidad, y como una criatura libre. Juan Pablo II expresaba en

⁹ *Ibidem*, 69.

¹⁰ San Agustín expresa este hecho al afirmar: ‘Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti’, San Agustín, *Confesiones*, (I, 1, 1).

¹¹ MacIntyre explica en *Tras la virtud* que el emotivismo parte de la base de que ‘no hay ni puede haber ninguna justificación racional válida para postular la existencia de normas morales impersonales y objetivas, y que, en efecto, no hay tales normas’, Alasdair MacIntyre, *Tras la virtud* (Barcelona: Austral, 2015), 92.

Redemptor Hominis 10 en relación con el primer punto: ‘El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no lo experimenta o lo hace propio, si no participa en él vivamente (...) En esta dimensión, el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propio de su humanidad’. Es por ello fundamental abordar la cuestión antropológica también desde esta dimensión del amor. Somos ‘seres de encuentro’, venimos del amor de Dios y de nuestros padres y estamos llamados a fundar toda una serie de encuentros. Esta llamada constituye nuestra auténtica vocación, el hombre se realiza mediante la entrega sincera de sí mismo. Además, también como diferente y único en su naturaleza, el hombre tiene el encargo de ‘cuidar’ del resto de la creación. En palabras del Papa Francisco en *Laudato si*, eso supone:

Proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar (...) Implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza. Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras. Porque, en definitiva, ‘la tierra es del Señor’ (*Sal* 24,1).¹²

7. La capacidad de entender la persona como misterio. En su obra *La dialéctica del espíritu*, Peter Wust ve el espíritu humano como sobrecogedor por su infinitud y la inquietud radical que lleva en su ser. Su existencia quedó polarizada por la pregunta: ‘¿quién es en definitiva este ser extraño que se enfrenta al universo, que oscila entre los más dispares extremos y une en sí los caracteres en apariencia más inconciliables?’¹³. En cuanto al misterio que es el hombre, Fabrice Hadjadj identifica en él rasgos del ángel y el animal: ‘es como el ángel, un espíritu destinado a la inteligencia y a la libertad, pero también, como el animal, un cuerpo que pasa de la inmadurez a la madurez’¹⁴. Contemplando al hombre como ser-de-encuentro, brota el asombro y la admiración ante su misterio, señala Marcel. Y es que la persona se conoce y desconoce a un tiempo. Su realidad es cognoscible y misteriosa: ‘el hombre es para sí un enigma. Cada vez se conoce mejor a la vez que descubre cimas más admirables y abismos más sobrecogedores’¹⁵. Constata posibilidades y límites, anhelos de plenitud en el marco de su finitud. Su intimidad se presenta como una tarea a descubrir.

8. La experiencia de llegar a la comprensión de que la persona es un fin en sí mismo y nunca puede ser usada como medio. Ningún ser material,

¹² Papa Francisco, *Laudato si*, 67. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

¹³ Alfonso López Quintás, *El poder del diálogo y del encuentro* (Madrid: BAC, 1997), 152.

¹⁴ Fabrice Hadjadj, *op. cit.*, 137.

¹⁵ González de Cardedal Olegario, *Raíz de la esperanza* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1995), 17.

excepto el hombre, es fin en sí mismo y posee dignidad y valor absoluto¹⁶. Cada persona es un absoluto –aunque no un absoluto *absoluto*, sino un absoluto *relativo*, relativo al Absoluto con mayúsculas–, un fin en sí, y no simplemente un medio, una función. Lucas explica que el hombre es fin en sí mismo solamente en cuanto que está abierto y orientado hacia Dios; ‘este estar abierto y orientado por sí mismo hacia el Absoluto constituye su dignidad y autonomía’¹⁷. Derivado de lo anterior, toda persona es acreedora de un amor y un respeto incondicionales, con independencia de sus características singulares y su actuación concreta. Todos los hombres son dignos y todo en cada hombre es digno¹⁸.

9. La posibilidad de enfrentarse a las grandes preguntas del ser humano como el sufrimiento, el dolor, la muerte, el amor o la felicidad desde la perspectiva encontrada. Preguntas todas ellas que remiten a un sentido o fin. En relación con este tema encontramos la ‘emergencia educativa’ de la que habla Benedicto XVI, quien se refiere a la necesidad de trabajar en la cuestión de los fines, y no sólo ni principalmente de fines de la educación, sino de fines de la vida humana. También Franco Nembrini defiende que a través de la enseñanza, a través de las materias pase un valor grande, ‘un sentido por el que valga la pena vivir’¹⁹.

La antropología cristiana encuentra en Cristo la respuesta a todas sus preguntas y la posibilidad de vivir plenamente. ‘El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado’ revela *Gaudium et Spes*, 22. Es el camino, la verdad y la vida (Jn. 14, 6), como Christopher Derrick manifiesta: ‘Cristo nos ha liberado del pecado, de que nuestras vidas tomen rumbos falsos, y por eso se le llama ‘el camino’; nos ha liberado de la ignorancia y del escepticismo, de la angustia existencial provocada por el miedo al salvajismo de un mundo carente de sentido, y por eso se le llama ‘la verdad’; y nos ha liberado de la espantosa inevitabilidad de la muerte, y por eso se le llama ‘la vida’²⁰.

10. La apertura de la persona a la trascendencia. ‘Pero ¿qué es lo que puede llenar al hombre?, se preguntaba san Francisco de Asís. ¿Qué es lo que puede bastar al alma? Únicamente la relación con el infinito’²¹. El hombre vive su vida en continua apertura hacia el Absoluto²², se pregunta por el sentido, está abierto a un horizonte que lo trasciende, que le lleva a

¹⁶ Ramón Lucas Lucas, *Horizonte vertical. Sentido y significado de la persona humana* (Madrid: BAC, 2008), 231.

¹⁷ Lucas Lucas, *Horizonte vertical*, 232.

¹⁸ AA.VV. *Lecciones de Antropología*, 83.

¹⁹ Franco Nembrini, *El arte de educar: de padres a hijos* (Madrid: Encuentro, 2014), 170-171.

²⁰ Christopher Derrick, *Huid del escepticismo* (Encuentro: Madrid, 1997), 108.

²¹ Luigi Giussani, Stefano Alberto, Javier Prades, *Crear huellas en la historia del mundo* (Madrid: Encuentro, 1999), 152.

²² Lucas Lucas, *El hombre, espíritu encarnado* (Salamanca: Sigueme, 2008), 288.

‘mirar a lo alto’. Podemos afirmar, aunque hoy se rechace o acalle este hecho, que el hombre es, por naturaleza, un ser religioso. Esta dimensión le pertenece de modo inalienable, como ser espiritual, abierto al infinito, y que tiene al infinito como origen y fundamento²³. En la pregunta por lo absolutamente Otro se encuentra el anhelo de trascendencia. ¿Tenemos alguna *razón* para esperar a pesar de la muerte? Como ni este fundamento ni esta razón los recibe el hombre de sí mismo o del mundo, han de venirle *desde fuera*. De ahí la consustancial apertura del hombre a lo que está más allá de él y del mundo.

IV. Síntesis de educación y enseñanza

Los puntos tratados sobre el hombre y su naturaleza, a los que podrían sumarse otros –pues el tema es de una complejidad y riqueza abrumadora–, son base sobre la que se fundamenta una visión antropológica que conviene que sea sustrato común de los formadores que desempeñan su actividad en los centros de enseñanza católica, con independencia del tipo de materia, asignatura o especialidad que impartan. Además de procurar esta formación en el profesorado, si estas bases antropológicas forman parte del currículum de todos los alumnos, les estamos ofreciendo una propuesta de vida plena²⁴.

La visión integral de la persona que proporciona la antropología cristiana –cuyas líneas principales acabamos de comentar– hace posible la adecuada síntesis de Educación y Enseñanza. Es una propuesta doble: ayudar al alumno a descubrir la belleza de lo que es –*ex-ducere*– y mostrar a través de una relación que comunique una experiencia para que llegue a esa plenitud –*in-signare*–. El docente establece ante todo una ‘relación sapiencial que, aun cuando, por el número demasiado elevado de estudiantes, no pueda llegar al encuentro personal, se convierte en palabra viva antes que en transmisión de nociones’²⁵. Educar y enseñar pueden sintetizarse en la tarea de saber acompañar. Un acompañamiento que conlleva ser ‘testigo de un encuentro’, transmitir lo que se ha visto y conocido²⁶. Las palabras de Angelo Scola iluminan esta propuesta y son un buen colofón para nuestro escrito:

²³ Lucas Lucas, *Horizonte vertical*, 152.

²⁴ Este tema está muy presente en la misión de la Universidad Francisco de Vitoria, en la que existe un programa de humanidades y acompañamiento para todo alumno, sea cual sea su objeto de estudio.

²⁵ Mensaje del Papa Juan Pablo II en el IV Encuentro Nacional Italiano de profesores universitarios católicos, 4/10/2001.

²⁶ Sobre este tema, además de Benedicto XVI y Juan Pablo II han reflexionado autores como J. M. Barrio Maestre, *El balcón de Sócrates: una propuesta frente al nihilismo* (Madrid: Rialp, 2009); el autor de este escrito Fernando Viñado Oteo, *La idea de Universidad en el magisterio pontificio de Benedicto XVI* (Madrid, Fundación Universitaria Española, 2018), José Manuel García Ramos, ‘La claridad que ofrece el contraste: de la innovación educativa a la tradición’, en Lidia Jiménez (ed.), *Innovación educativa y tradición* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 2015), etc.

¿Cuál es la dinámica de una relación educativa completa entre docente y estudiante, entre maestro y discípulo? (...) Solo el testimonio, considerado íntegramente –es decir, como característica esencial e intrínseca del acto de libertad-, puede expresar adecuadamente el encuentro entre el yo y la realidad. Hoy es posible decir sin ambigüedades que en una época como la nuestra solo el testimonio es digno de crédito (...) es imposible reducir la educación a una pura enseñanza: ¡la verdad no se puede comunicar simplemente a través de un saber la materia de un curso! Como decía Blondel, la *tradio catholica* constituye, ante todo, un hecho viviente que pasa de persona a persona a través de la experiencia. Por esta razón no se puede prescindir de maestros, de profesores que sean testigos²⁷.

²⁷ Angelo Scola, ‘Una experiencia en acto: la Pontificia Universidad Lateranense’, en Galán, Arturo (Ed.), *El perfil del profesor universitario: Situación actual y retos de futuro* (Madrid: Encuentro, 2007), 169.